

# SIN RECREO

Daniela Márquez Colodro

Dos amigas, Consuelo y Florencia, compañeras de curso, son constantemente hostigadas y maltratadas en el colegio por sus propios compañeros, y nada más porque una es considerada fea y la otra obesa.

En esta, la segunda novela de la misma autora de *Si tú me miras*, otra vez los mundos adolescentes particulares, con sus alegrías y entusiasmos por el futuro, pero también sus rincones oscuros, de los que pocos se atreven a hablar: el acoso escolar o *bullying*, el silencio cómplice de los cercanos o el miedo de los afectados.

Una novela sobre la difícil juventud, con sus historias de amor, sus grandes expectativas, y sus miedos, encarnados en dos amigas sensibles y entrañables.

GRUPO  
EDITORIAL  
norma



9 789563 002713

GRUPO EDITORIAL norma

SIN RECREO Daniela Márquez Colodro

ZONA LIBRE

# SIN RECREO

Daniela Márquez Colodro

GRUPO  
EDITORIAL  
norma

ZONA  
LIBRE

**Sin recreo**  
DANIELA MÁRQUEZ COLODRO

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

Bogotá Barcelona Buenos Aires Caracas Guatemala Lima México Panamá  
Quito San José San Juan San Salvador Santiago de Chile Santo Domingo

## *Consuelo*

*Para mis hijos, como siempre*

Nací un 22 de enero de 1994. Dicen que cuando mi mamá me vio, enmudeció. Y no precisamente por el cansancio del parto. Digamos que no fui lo que llaman una hermosa recién nacida. Todo lo contrario. Cuando las visitas llegaron a la clínica con regalos y flores, fue tal el impacto, que se limitaron a decir que era exquisita, amorosa, tierna, pero jamás pronunciaron adjetivos como “preciosa”, “bella” o algo parecido. No era deforme, ni con tres orejas, ni con una cabeza desproporcionada o extremadamente peluda, simplemente era fea.

Fui bautizada como Consuelo y crecí sin demasiados mimos, con la promesa de que a medida que corrieran los años me convertiría

en una bella jovencita. Así, mi vida se basó en el cuento del patito feo, rogando a escondidas con cada deseo de cumpleaños que al terminar de soplar las velas me convirtiera en un hermoso cisne. Pero cumplí quince años y seguí siendo la misma fea. Nada de cisnes. Los ojos juntos y saltones, los dientes muy pronunciados y grandes, el pelo excesivamente crespo y grueso, la cara bastante redonda.

En segundo básico recibí mi primer apodo: la "Cara de flato". Tuve que soportarlo todo el año, a cada momento, por cualquier cosa. Fue tanto, que muchos comenzaron a llamarme así y olvidaron mi verdadero nombre. En tercero cambiaron "Cara de flato" por "Cara de moco", el que después, en cuarto, derivó en "Cara de meca", y así los años pasaron y la lista aumentó.

¿Por qué a mí?, me preguntaba cada vez que era objeto de humillaciones y maltratos. No le hacía mal a nadie, cumplía mis obligaciones escolares, tenía buenas notas. La frecuencia de esos insultos aumentó sin que yo diera pie a nada, y ese dolor, mezcla de angustia y terror, se hizo cada vez más fuerte, a tal punto que con los años me propuse pasar lo más inadvertida posible en la sala para que nadie se fijara en mí. Jamás levanté la mano para responder a las consultas de

las *misses*, aun cuando fuera la única que supiera las respuestas. Nunca me ofrecí para nada ni me reí a un volumen demasiado alto. Ni siquiera trabajé en las campañas solidarias. Nada, con tal de no llamar la atención de los demás. Así, ser invisible, ser nadie, se transformó en mi especialidad.

Recibir las burlas despiadadas de mis compañeros en el colegio ha sido como tener una enfermedad crónica, como una larga agonía de la que ignoraba si alguna vez podría experimentar alguna mejoría.

Cuando nació mi hermana Esperanza, al año y medio siguiente de mi llegada, dicen que la cara de satisfacción de mis padres y abuelos se instaló en la clínica. Una especie de alivio y recompensa divina. Esperanza era una niña hermosa. Algo así como la versión mejorada de nuestra mamá, que era realmente preciosa. Al fin la naturaleza hacía bien su trabajo y esta nueva hija les devolvía la "esperanza" de una descendencia bendecida con la belleza genética de los antepasados de mi mamá.

Mis padres son médicos. El nombre de mi papá es Raúl Miralles y es gastroenterólogo; trabaja mucho: en un hospital, por la mañana, y en su consulta privada, por la tarde. Es muy estu-

dioso y se lo pasa largas horas encerrado en su escritorio leyendo los fines de semana. Tal vez por eso es tan callado y solitario. Seguramente está todo el tiempo pensando en los nuevos avances, protocolos y exámenes y en terapias y cosas que no entiendo bien. Me siento muy identificada con él. Mi mamá es dermatóloga. Su nombre es María Eugenia Velasco y todos la llaman "Quena". Tiene una consulta en el edificio del Mall Panorámico en Providencia. Trabaja mucho y atiende pacientes hasta muy tarde. La veo poco, pero los fines de semana está más en la casa. En la casa, pero no en la cocina. Para ella, el tema de la comida es simplemente matar el hambre, nada más. Sabores y olores son para las novelas, no para la vida real, dice siempre cuando le preguntan por qué no cocina. Lo suyo es la belleza en el sentido más amplio, desde la decoración de cada rincón de la casa, el modelo y color de su auto, pasando por su cuerpo, vestuario, zapatos, accesorios, hasta su pelo. Así, la casa cambia como lo hacen las estaciones del año. Cortinas, visillos, cubrecamas, toallas y manteles duran menos que el jardinero, al que cambia todo el tiempo, igual que a las plantas, flores, arbustos y juegos de terraza. Lo de ella es el cambio constante para embellecer y mejorarlo todo. Pasamos de certi-

nas verde olivo a rojo furioso en menos de lo que uno se tarda en acostumbrarse al nuevo color. De manteles de algodón bordados con florcitas en tonos suaves a gruesos tejidos mapuches; de cubrecamas hechos a *crochet* a multicolores *patchworks*. Todo en ella es así. Solo se puede tener la certeza de que lo que se está viendo hoy puede cambiar mañana.

Más allá de estilos y tendencias en la casa, existen espejos por todas partes para admirar cada rincón o para mirarse, asunto que yo no hago. Odio los espejos y jamás me miro en uno. Por suerte no cambia de nana, porque nuestra Malucha ya es parte de la familia y porque sin ella moriríamos literalmente de inanición.

Mi hermana Esperanza está a un mes de cumplir catorce años. Tiene los ojos verdes y almeñdrados de mi papá, coronados por un puñado de pestañas largas y curvas que no necesitan maquillaje; el pelo ondulado y negro de mi mamá, sin *frizz*; los dientes blancos, grandes, parejos, lo mismo que su sonrisa de labios perfectamente delineados y rosados. Nada le falta ni le sobra. Nada está mal ubicado. Todo funciona. Y para completar tanta maravilla, es alta y delgada. Es muy simpática y tiene más amigos de los que seguramente acumularé en toda mi vida.

Además, es graciosa. Cocina queques y galletas con recetas que baja de internet, chatea en las tardes con no sé cuántos amigos y amigas del colegio —algo que todavía no hago con Florencia—, se sabe todas las canciones de moda y las canta y tararea mientras se ducha. Y todo lo que viste le queda perfecto. Se mira en cada espejo por el que pasa y sonríe, igual que mamá. Le encantan las cosas lindas, desde sus libretas, su agenda, el mp3, su celular, la mochila del colegio y hasta la billetera. Todo tiene que ser precioso. Ha rechazado varios ofrecimientos de pololeo. Sale con Andrés Rodríguez, el estupendo de cuarto medio que tiene más fans que galán de teleserie; recibe peluches con frecuencia, los que acumula sobre su cama, y si el teléfono suena, seguro que es para ella o para nuestra Malucha. Jamás para mí.

Malucha es la nana de la casa. Es una gorrita muy graciosa, de trenzas negras y gruesas, bajita, y con una gran sonrisa de dientes blancos y parejitos. Tiene un lunar negro, redondo y plano en el medio de la pera, y las piernas más peludas que nunca vi. Llegó a la casa cuando mi mamá estaba embarazada de mí para ayudarla, cuando aún era una veinteañera soltera y delgada. Al tiempo después, con Esperanza ya en la

casa, se fue quedando. Nunca se casó ni tuvo un amor, al menos conocido. Su familia es originaria de Loncoche. Su fallecido padre trabajó en la inauguración del ferrocarril a Pirufquén cuando todavía era un niño. Su mamá, doña Carmen, y su hermano Carmen todavía viven allá. Nunca he entendido por qué su único hermano hombre tiene el nombre de su mamá y no el de su papá. Pero, en fin, lo cierto es que su hermano Carmen se dedica a criar abejas, o sea, es apicultor. Se gana la vida vendiendo la mejor miel de qui-lay que he probado en mi vida. Por lo general, viene a Santiago a comprar materiales especiales para su oficio y aprovecha de salir con Malucha y la invita a tomar once al centro. Desde chicas aprendimos a decirle tío Carmen y a saborear e incluir su miel en el pan, la leche y algunos postres. Carmen es además voluntario de la Tercera Compañía de Bomberos de Loncoche, y todavía vive con su mamá, que es una conocida artesana del cuero. De hecho, en nuestra sala de estar hay un juego de cachos que nos mandó ella para una Navidad.

Malucha es de esas personas que pareciera que se duermen y se levantan contentas. Una especie definitivamente en extinción. Eso está claro. Lo cierto es que gracias a ella hemos tenido

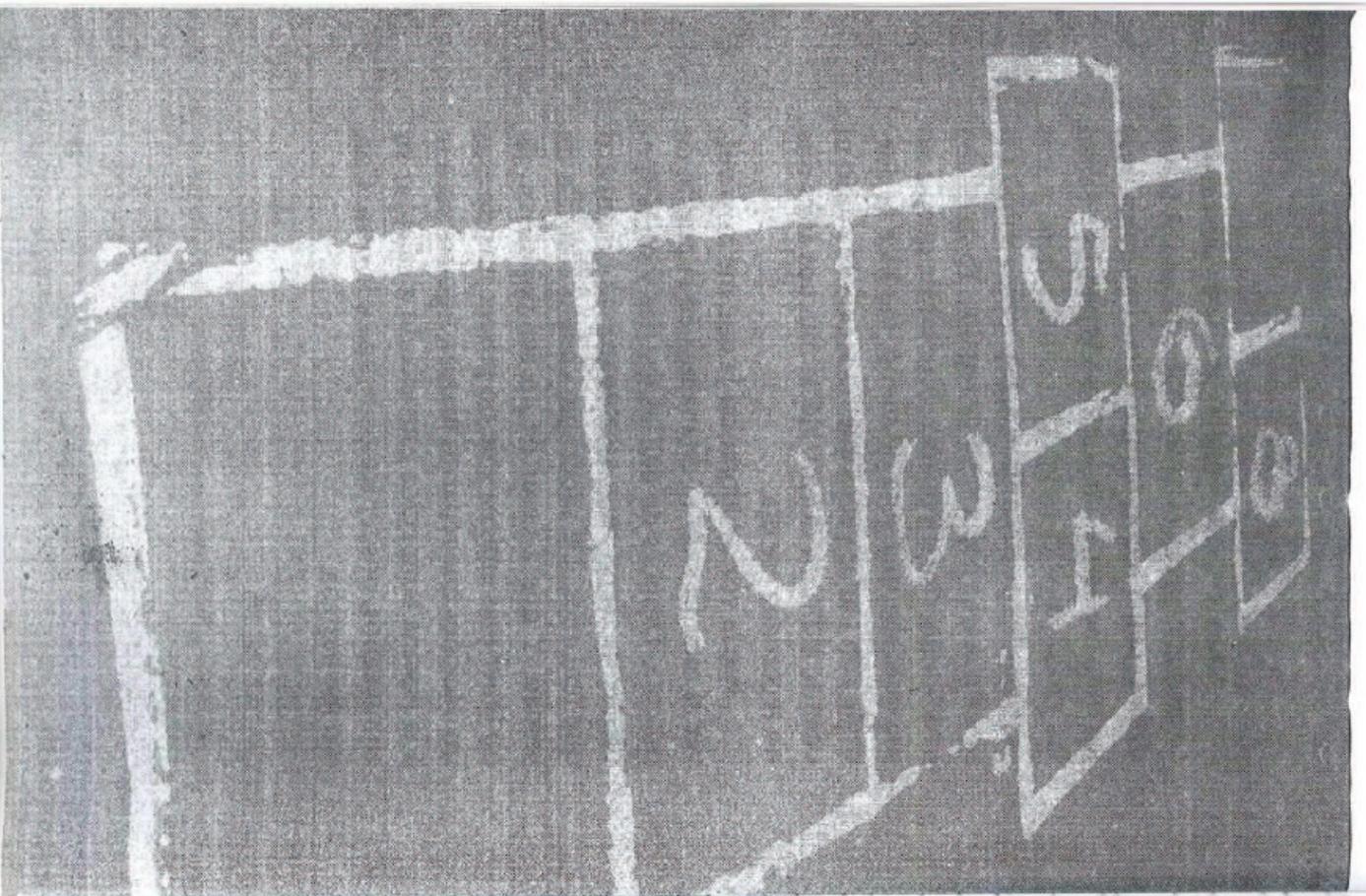
las casas encendidas, varios hombres abriendo portones y entrando sus autos, señoras botando basura, perros ladrando detrás de las rejas. De pronto, mi mente volvió a la mesa del comedor de los Bassi, al ruido de cubiertos sobre los platos, a la conversación de los adultos, a las fuentas con pastas multicolores y a las risotadas, y no sé qué fue, pero algo me hizo recordar aquella tarde, cuando celebrábamos el cumpleaños de mi hermana Esperanza. El quinto, creo. Ella usaba un vestido de Blanca Nieves hermoso, que hacía resaltar su pelo negro y sus ojos impactantemente verdes. Sus zapatos de charol negros brillaban como bolas de *pool*, y sobre sus labios rosados mi mamá puso una gran cantidad de brillo labial rojo, tan rojo como el cintillo de raso que llevaba puesto. Y de pronto me vi a mí misma en el baño, con mi disfraz de conejo peludo color gris, sentada en el excusado, llorando y sin querer salir, esperando secretamente que mi mamá viniera a rogarme que me reintegrara a la fiesta o simplemente a proponerme cambiar mi horrible disfraz, lavarme la cara y bajar. Me vi sentada después en el suelo, con la espalda apoyada en la muralla, cansada de llorar, con esa sensación de soledad que muchas veces he sentido cuando estoy en medio de la gente.

Aquella tarde nadie vino a buscarme. Cuando desperté, el baño estaba oscuro. A través de la ventana redonda pude escuchar que afuera los niños se despedían junto a sus padres y daban las gracias por el estupendo cumpleaños a mis papás. A los pocos minutos, Esperanza subió a la pieza con una bolsa llena de regalos. Yo ya estaba en la cama, con mi pijama. A pesar de que ya no me quedaba una gota de sueño, me hice la dormida con tantas ganas que no recuerdo cómo ni cuándo al fin me dormí. Hacía muchos años que no recordaba ese día.

Fue la voz de Florencia la que me hizo volver al mundo real. Ya estábamos en la puerta de mi casa. Después de dar las gracias y de despedirme, me sentí muy afortunada de la amistad que teníamos. De saber que cuento con ella de verdad. Y que a pesar de no ser populares, de no tener más amigos y de no poseer una de esas invitaciones que repartió Juanita Aguirre para ir a la piscina temperada este sábado a celebrar su cumpleaños, nos teníamos la una a la otra. Con eso me bastaba.

## Florencia

Esta semana, Juanita Aguirre repartió invitaciones para su fiesta de cumpleaños en la piscina temperada de un club muy exclusivo, pero, como siempre, yo no recibí la mía. No pensé como cuando era pequeña que tal vez había olvidado entregármela. Ahora era capaz de comprender que no me invitaban, que no me consideraba parte de sus amigos y que verme ese día en su fiesta no era algo que esperarán. El sábado de la fiesta seguramente ordenaría mi clóset, prepararía un poco de manjar casero de leche condensada y vería alguna película arrendada o tejería una nueva bufanda. Desde que Marta, la sobrina de Delgadina —la nana de la casa—, me enseñó a tejer hacía un par de años, los inviernos se me pasaban entre un derecho y revés, punto



inglés, punto tonto y punto arroz. Tenía una gran colección de bufandas, pero muy pocas ocasiones para lucirlas.

Mientras pensaba en mis alternativas para el sábado. Al menos a Lucho García tampoco lo invitaron, me conformé después. Habría sido la humillación máxima que lo invitaran a él y no a nosotras. Somos algo así como los raros del curso.

Consuelo es la única amiga que tengo y que seguro tendré. La única incapaz de burlarse de mí. La única capaz de identificarse conmigo. Nos sentamos juntas y hacemos los trabajos en mi casa la mayoría de las veces. De vez en cuando salimos a tomarnos un helado, aunque los que prepara mi papá superan con creces los que venden en las heladerías, así es que por lo general vamos a arrendar películas los sábados por la tarde, y luego "asaltamos" la cocina de mi casa y nos llevamos pizzas y "calzones" rellenos de queso, tomate y champiñones *portobello*. Y, por supuesto, para terminar, nos apropiamos de una versión *premium* de helados de leche, con los que nos echamos en el sillón de la salita a disfrutar y a ver toda la cartelera generosa, pero puertas adentro. Yo tejo bufandas en tonos verde-caribe-calipso-azul-rey-celeste. Consuelo se come las

uñas hasta los codos, y ambas lloramos a mares con los dramas que seleccionamos o nos matamos de la risa con las comedias.

ellos y prestando escasa atención. Regresé a mi puesto y me senté silenciosamente junto a Florencia, bastante satisfecha con mi 6,2. La pobre no dejaba de temblar y rasquetear los dedos contra la cubierta del banco que compartimos. Para su escasa suerte, cuando la hora ya estaba por terminar, fue su turno. Por más que desviara la atención hacia el reloj de pared que tenemos sobre el pizarrón, rogando en silencio que los segundos y minutos avanzaran esta vez más rápido que de costumbre, no se salvó. Cuando se levantó de su asiento y comenzó a caminar hacia adelante, oí varios chiflidos, como de piropos, pero con un dejo de burla de muchos compañeros, seguidos por la carcajada de algunos, entre los que estaban Gonzalo, Matías y Nicolás, los chistositos de siempre. Cuando ya estaba adelante y se giró hacia todos nosotros para esperar la pregunta de la *miss*, pude ver que estaba aterrada. Pobrecita, pensé. Solo esperaba que no se desconcentrara y pudiera responderlo todo. Se sabía perfectamente bien la materia. Mucho mejor que yo. ¿Por qué todos prestaban atención justo ahora que le tocaba a ella? Ese era justamente el mayor temor de Florencia.

Desgraciadamente, las tres preguntas pasaron volando y solo respondió las últimas dos,

y brevemente. Se devolvió por el pasillo de la izquierda con su 4,8 dando lástima. Las burlas y la exposición frente a todos eran demasiado potentes como para que cualquier ser humano pudiera concentrarse, pensar y articular respuesta alguna. Cuando al fin llegó a nuestro banco y se sentó, el curso completo se levantó de sus sillas y se dejó caer, como si hubieran rebotado en sus puestos, en señal de máxima mofa. Todos rieron a carcajadas, hasta la *miss*, que no se pudo controlar. Todos, menos Lucho y yo.

## *Florencia*

Marta Quispe Mamani llegó a trabajar a mi casa como ayudante de mi mamá en la cocina hace unos cuatro años, cuando aún era una niña. Es la sobrina regalona de Delgadina Mamani, la nana de la casa desde siempre, y que de delgada ya prácticamente no tenía nada. Ambas son peruanas y la única casa en la que han vivido en Chile es en la nuestra. Tal vez por eso son como de la familia:

Marta tiene solo dos años más que yo, pero parecen diez. Todo en ella es adulto. Mis papás le dieron una de las piezas del primer piso, al lado del escritorio, para que no tuviera que compartir dormitorio con su tía Delgadina, que ronca peor que tío Dante, el hermano menor de mi mamá. Siempre, desde su llegada a la casa, Marta ha

compartido la mesa con todos, como una integrante más de la familia. Delgadina la inscribió en un colegio particular subvencionado que queda como a siete cuadras de la casa. Mis papás le pusieron como condición para tenerla trabajando que asista al colegio, que traiga buenas notas y que ayude a mi mamá en la cocina por las tardes; a cambio, mis papás pagan esos estudios.

Marta cursa tercero medio y es muy buena alumna, pero lo suyo es la música, es una cantante en potencia. Se sabe todos los temas que suenan en la radio y cuando lava la loza o trapea el piso, despliega todo su talento. Le gustan los boleros y el tango; tiene un repertorio infinito. Rara vez se repite uno. A veces, cuando pica cebolla, canta unas baladas desgarradoras y sufridas de unas cantantes peruanas que, según cuenta, son muy populares en "el Perú", como dice ella. Al imitarlas, parece la protagonista de una de las teleseries que ve mi mamá cuando almuerza en la cocina con mi papá y Delgadina, mientras nosotras estamos en el colegio.

Por lo general, Marta sale con su tía Delgadina todos los sábados después de almuerzo a vitrinear. Les gusta el barrio Meiggs y el Persa Estación. Por la noche se quedan en la casa que los hermanos de Delgadina arrendaron, no sé dónde;

solo sé que son muchos. Vuelven el domingo por la noche, cargadas con bolsas, cuando estamos todos acostados. Rara vez Marta se queda en casa los fines de semana, y eso solo ocurre cuando Delgadina va a Estación Central, a la casa de su hijo Néstor, casado, con cuatro hijos mayores. Marta no los soporta, los encuentra antipáticos. Todos trabajan en la construcción junto al padre y piensan que su prima es una "engreída", como dice ella. En esas ocasiones en que se queda en la casa nos acompaña a Consuelo y a mí; a arrendar películas, ayuda a mis papás con las pizzas y "calzones", tomamos helados con galletas caseras de coco, nuestras favoritas, que prepara ella misma, cantando todo el rato por supuesto, y conversamos de vez en cuando. Me gusta cuando ella se queda no solo porque es alegre y amorosa, sino porque nos cuenta sus historias de niña en su país, de su colegio y algunos chistes con los que nos reímos a carcajadas. Además, como nos lleva la delantera en dos años, tiene demasiadas historias sobre novios y rivales en su actual colegio. "Que esta semana este chico de los ojos de color me preguntó si quería ser su novia, que yo lo rechacé porque es muy creído y porque se ha fijado en otra; que el que de verdad me tiene el corazón tomado es uno más tranquilo, que es de otra clase, uno más sabroso,"

mento. Por lo general, se me pasa volando o anda demasiado lento. Afortunadamente, la tarde sin Matías, Gonzalo y Nicolás fue una especie de oasis en el desierto. No recordaba un relojio similar dentro de la sala en todos mis años escolares. A pesar de la angustia que aún sentía después del mal rato vivido y de la presencia de las brujas del club de Juanita Aguirre, me sentía segura. Es extraño, pero recién ese día descubrí que hacía mucho rato que vivía mis días de clases envuelta en una especie de terror inconsciente. Al final, pude disfrutar de los últimos minutos de esa clase, a pesar de todo lo que pasó. Desgraciadamente, no logré adivinar lo que esa reprimenda provocaría en ellos.

## *Consuelo*

Cuando miré el reloj, faltaban solo diez minutos para que terminara la clase de Matemáticas y llegara el segundo recreo. Estaba muerta de hambre y la idea de saborear el segundo sándwich de queso-jamón-tomate de los dos que me dejó Delgadina esta mañana me tenía nerviosa. Cuando sonó el timbre, rápidamente me giré para abrir mi bolso y sacar el bolsito de género que contenía el plástico en el que me esperaba mi último bocadillo de media mañana.

Mientras mis compañeros salían a toda velocidad entre empujones al patio, como si alguien hubiese echado gas mostaza en la sala, yo comencé a masticar mi sándwich con extrema felicidad, aún sentada en mi puesto. Consuelo buscaba su carné de biblioteca en su bolso y

Lucho ya estaba afuera, esperándonos. Este recreo duraba quince minutos, tiempo suficiente para encontrar algo nuevo para leer o simplemente para ojear el diario o alguna revista, pero jamás con el estómago vacío. Eso bien lo sabía yo.

—Voy corriendo al baño. No me demoro nada. Te espero afuera —dijo Consuelo aceleradamente.

—Ya. Salgo al tiro —respondí, limpiando las migas que cayeron sobre nuestro banco. Rápidamente, y mientras masticaba el último pedazo de pan, tapé el plástico, lo metí en su bolsita y me giré para guardarlo en mi bolso, sin advertir que el trío del terror había entrado a la sala, y que para mi desgracia me encontraba sola.

—Miren a quién nos encontramos aquí... A la "Gooooooooorda de Chile". ¡Un aplauso! —gritó Gonzalo y los otros acataron.

Mientras ellos aplaudían y chiflaban, mi corazón dio un brinco tan fuerte que por algunos segundos juraría que dejó de latir. El miedo se apoderó de mí y en menos de lo que me di cuenta ya estaba sudando y respirando mal. Traté de simular que no los había oído, y empecé a caminar hacia la puerta para escapar, sin levantar la cabeza.

—¡Epa, puerca asquerosa! ¿Adónde crees que vas? ¡Piensas arrancar como un cerdo? ¿Has visto cómo corren y chillan desesperados cuando se dan cuenta de que los van a atrapar para matarlos? ¿Los has visto, guatona de mierda? —gritó también Nicolás, con ese tono que tanto temía. En ese minuto asumí que estaba demasiado lejos de la puerta como para que no me agarraran si corría. Pude sentir el odio que me tenían y me asusté de verdad. Como nunca antes en mi vida. Tanto, que podía escuchar cada latido de mi corazón retumbar en todo mi cuerpo. Estaba aterrada.

—¿Acaso creíste que echándonos a la vieja Arditi encima te íbamos a dejar tranquila, gorda hedionda? —agregó Matías.

Entonces, los tres se acercaron a mí, lo suficiente como para sentir su respiración. Me rodearon y comenzaron a escupirme. Una y otra vez, entre insultos, garabatos y descalificativos cada vez más crueles. Cerré los ojos para no ver más sus rostros rabiosos y comencé a llorar silenciosamente, rogándole a Dios que me hiciera desmayar para no presenciar más este castigo, mientras sentía sus babas correr por mis mejillas, mi nariz, mis labios y mi frente. Cuando los escupos comenzaron a ser cada vez más espaciados temí

que empezaran con los golpes, pero afortunadamente —si es que en algo he sido afortunada en mi vida— justo cuando uno de ellos me daba el primer empujón y yo perdía el equilibrio, entró Lucho.

—¡Qué pasa aquí! —gritó con un tono y un volumen de superhéroe que nunca oí antes salir de su boca. Yo continuaba con los ojos cerrados, temblando. Y aunque el empujón estuvo a punto de botarme, por primera vez mi peso sirvió para algo y lo impidió.

—Y ahora llegó el “fletó” del curso a defender a la gorda. Qué lindo espectáculo. ¿Por qué no postulan a un circo? —dijo uno de los tres. Probablemente Nicolás.

Lucho ya estaba parado delante de mí, impidiendo que me hicieran algo más. Podía sentir su presencia. A los pocos segundos entró también Consuelo. Imagino el susto que le dio ver esa escena, pues a los dos segundos se puso a gritar descontroladamente, a pedir ayuda, muy nerviosa.

—Y ahora llegó la “Cara de churrete” para completar el cuadro. ¡Qué bonito! ¿Alguien tiene una cámara para capturar a este grupo de raros? —gritó uno de ellos.

—Te salvaste por esta vez, guatona miserable-

ble. Pero yá sabes lo que te puede pasar si te conviertes además en rata, cerda asquerosa. Ni se te ocurra acusarnos, ¿oíste? La próxima vez podría costarte la vida. Y no estamos bromearlo —dijo uno de los otros dos, no distinguí cuál.

Rápidamente sentí sus pasos alejarse hacia la puerta, vociferarle a Consuelo que dejara de gritar y el golpe del portazo. Aún estaba con los ojos cerrados.

No recuerdo cuánto rato estuve llorando en el baño. Lo cierto es que ese día no volví a entrar a clases. Me quedé encerrada lavando mi cara una y otra vez frente a los lavamanos, con la blusa empapada, sin lograr sacar de mi mente el olor nauseabundo de su saliva sobre mi rostro. Lloré hasta que el dolor en mi garganta se hizo insoportable, hasta que terminó la hora de Lenguaje y llegó Consuelo con mis cosas. Estaba realmente agotada, sin fuerzas ni siquiera para salir del baño. Sabía que mi rostro reflejaba las huellas de la tragedia. Esperé que todos se fueran y desocuparan el colegio para poder irme a mi casa.

Después de una interminable ducha, esa noche me senté con todos a la mesa, pero no pude comer. Mis papás me preguntaron si me sentía enferma y les dije que sí. Que tenía un dolor de

y no me contó que tuviera planes para salir en la tarde. Bueno, la noté algo triste y callada todavía, pero nada más. Tal vez se accidentó dentro de su casa, en la cocina, o resbaló en la ducha. Algo así perfectamente podía ocurrir. De hecho, a nuestra Malucha le pasó el año pasado y se fracturó cuatro costillas. La pobrecita no podía bostezar ni reírse porque el dolor era insoportable.

A esa hora de la mañana no sospechaba ni remotamente lo que en realidad le había ocurrido. Por mi mente solo pasaron imágenes de ella con una pierna con yeso, un cuello ortopédico o, a lo más, un parche en su frente. Me lo contó Marta, la sobrina de Delgadina, cuando al fin me comunicó que con su casa.

—Consuelito, fíjese que Florita andaba muy tristona estos días, ni quería salir de su habitación, pero nunca nos imaginamos que podía llegar a eso —me comentó afectada.

—¿Llegar a qué? No te entiendo —le dije.

—Bueno, lo que hizo Florita anoche, pues.

—¿Lo que hizo? ¿Qué hizo? ¿No fue un accidente?

—¿Acaso no sabe que se cortó las venas en la bañera? —me disparó Marta sin aviso, con su acento peruano.

—¿Cómo? —le dije, aunque había escuchado

perfectamente.

—Lo hizo con uno de los cuchillos cocineros de hoja más delgada. Con el que don Paolo corta el salmón para *carpaccio*. Nadie vio que se lo había llevado. Simplemente anunció que no se sentía bien, que se iba a dar un baño como cada noche antes de cenar y listo.

—¿Y cómo se dieron cuenta?

—Bueno, la señora Viola echó los ñoquis al agua hirviendo, y usted sabe que flotan al tiro y hay que comérselos enseguida, si no se enfrían y se ponen pegoteados, entonces don Paolo subió a tocarle la puerta del baño para que Florita saliera y bajara a cenar, pues. Y como no le respondió, se preocupó y decidió entrar, y bueno, se encontró con la sorpresa.

—¿Sorpresa?

—Claro, el agua de la bañera estaba toda roja como si le hubieran vaciado un frasco de cinco litros de pintura, y Florita inconsciente y con las muñecas cortadas, pues. Por suerte don Paolo tiene harta fuerza, así que la tomó, la sacó del agua, bajó corriendo las escaleras con ella en brazos y la subió a su carro así, "calata" no más, y partió a la clínica sin hablar ni decir nada. Y como hay dos carros en la casa, con la señora y mi tía partimos en el otro detrasito.

—¿Y cómo está ahora? ¿Qué dijo el doctor?  
—pregunté asustada.

—Que fue un milagro que no se ahogara en el agua o que se desangrara más, que los cortes no fueron muy profundos, y que con un par de transfusiones y reposo pronto estará mejor. Eso sí, habló de que tiene que ir a un psiquiatra.

—¿Psiquiatra?

—Eso escuché. Pero no sé más. Después le pregunta a la "señor" cuando la vea, pues.

—Esta tarde me voy a pasar del colegio a la clínica. ¿En qué piso están?

—En el tercero, pero no me acuerdo de la pieza. Ahí preguntéles a las señoras de la recepción cuando llegue.

—Ok. Gracias, Marta.

—De nada.

—Chao.

—Chaito.

Cuando salimos del colegio esa tarde con Lucho nos fuimos caminando hasta el supermercado que está a ocho cuadras. Entre los dos juntamos lo que teníamos y le compramos un ramo de astromelias en tonos blancos y rosados.

Al salir del ascensor, el olor a clínica se instaló en mi nariz y sentí una pena infinita. Caminamos en silencio hasta la pieza 314 y

esperamos el "adelante" después de golpear suavemente la puerta. Entramos en puntillas. Ahí estaba nuestra amiga, acostada en la cama, con los ojos semiabiertos y la tez más blanca que vi en mi vida. En el sofá, ubicado entre la cama y la ventana, estaban sentados los tíos con cara de angustia. Pobres, seguramente no durmieron en toda la noche.

—Hola, mijitos —dijo tía Viola al vernos entrar, tratando de esbozar una sonrisa. Tenía ojeras profundas y el pelo revuelto.

—Qué bueno que llegaron —dijo tío Paolo. Se notaba que vernos era una gran sorpresa. Estaban contentos, aun cuando no lo reflejaran sus rostros cansados y preocupados. Debía ser terrible para ellos estar en esa situación. Especialmente para tía Viola, que había perdido a su papá hacía muy poco. De solo imaginarlo me daban ganas de llorar.

—Hola —dijimos los dos al mismo tiempo, sin darnos cuenta. Le entregamos las flores a la tía para que las pusiera en un florero. Ambos se levantaron y salieron de la pieza para dejarnos un rato a solas con nuestra amiga.

Cuando al fin se cerró la puerta, me acerqué despacio hasta ella y la besé en la frente. Estaba fría. Al incorporarme la miré a los ojos

y ella coincidió con los míos. Al fin sonrió. La conocía muy bien y sabía la pena que estaba sintiendo en esos minutos. Se quedó mirándome un buen rato, como si conversara conmigo a través de sus ojos. Después, miró a Lucho y le sonrió también. Estuvimos cinco minutos sin decirnos nada, no era necesario hablar, ya que nuestras caras, mezcla de alivio y preocupación, lo decían todo. Cuando volvió a cerrar los ojos, decidimos irnos. Seguramente necesitaba descansar.

Al salir de la pieza nos encontramos con los tíos sentados en uno de los sofás de dos cuerpos de la salita de espera. Al vernos, inmediatamente se pusieron de pie.

—¿Ya se van?—preguntó tío Paolo.

—Sí —contesté—. Es mejor que descanse. Está agotada.

—Gracias, gracias por venir —se sumó tía Viola, abrazándonos.

—Espero que cuando todo esto pase y volvamos a la casa me puedan decir qué le pasó a nuestra *bella ragazza*. De pronto dejó de ser la niña maravillosa y sonriente de siempre y se convirtió en una pequeña triste. Mi intuición de padre me dice que algo le pasó. Si no, ¿por qué no quiso volver más a la *scuola*? Estamos muy preocupados y ya no sabemos cómo ayudarla

—agregó tío Paolo con ese tono de angustia que solo encuentras en los padres.

—Por supuesto que sí, tío. Cuando esto pase, vamos a conversar entre todos.

—Gracias, mijita. Gracias a los dos. Cuando nuestra criatura vuelva a la casa les voy a preparar la mejor pasta que hayan probado en toda su vida —ofreció tía Viola con cariño.

—Adiós —concluyó Lucho, que hablaba por segunda vez desde que compramos las flores en el supermercado.

Nos despedimos de los tíos entre besos y abrazos, y nos devolvimos por el mismo pasillo para tomar el ascensor. Durante el camino, ninguno de los dos abrió la boca. Íbamos demasiado impactados y tristes. Estaba segura de que el silencio de Lucho escondía incontenibles ganas de llorar, pero no me atreví a preguntárselo. Parte de la amistad que teníamos era el respeto por la personalidad del otro. Él tenía la suya, muy hacia adentro, muy silenciosa. Yo, la mía, sensible, pero disfrazada de fuerte. Tenía que protegerme de alguna manera, ¿no? Nadie es perfecto. Bueno, está claro que nosotros tres no.

A esas alturas no me quedaban uñas en los dedos y la confusión me tenía mareada. Solo tenía una certeza: nuestra amiga había tratado de

cama y la ventana, con la misma cara de angustia, aunque más tranquilos, ya que afortunadamente Florencia estaba fuera de peligro. Me pregunté si mejor me acostaba con pijama de una vez para saber quién mató a Cristián Kustermann o bajaba a prepararme algo de comer. Rápidamente, mis tripas en huelga sugirieron lo segundo. Tenía que ingerir algo pronto. Con el cuerpo aún tibio y los pies cada vez más helados traté de tantear las pantuflas, cuando de improviso escuché la puerta de abajo, la de entrada, cerrarse con fuerza. Era demasiado temprano para que fuesen mis papás. Seguro Esperanza había llegado con sus amigos. Era costumbre en ella llevar un grupo a la casa los viernes o los sábados por la noche. Bueno, además oí varias voces y risas diferentes de hombres y mujeres. No fue tan difícil adivinar que se trataba de mi hermana.

Salte de la cama para ir a la cocina a calentarme algo y de pasada ver quiénes eran los invitados esta vez. Tendrían los mesones de la cocina ocupados con botellas, eso ya lo sabía. Últimamente, Esperanza traía a ese tipo de amigos, con botella incluida, cuando los papás salían con los Torres al cine y a bailar. Como no llegaban nunca antes de las tres de la mañana, tenían tiempo suficiente para pasarlo bien sin que nadie los vigilara.

Bajé las escaleras, me asomé al pasillo y pude distinguir las voces de Claudia y Pancha riendo en el living. Son sus mejores amigas; el grupo líder de su curso. Por lo general, van de compras, escogen la misma ropa, escuchan simlar música y hablan igual, con los mismos modismos y gestos.

Una vez abajo sentí el olor del tabaco que rápidamente se paseaba por toda la casa. Supuse además que esas voces masculinas desconocidas serían de sus amigos nuevos, los que conoció la semana pasada en la fiesta de no sé qué colegio. Con el tiempo había perdido la capacidad de concentración con respecto a las nuevas amistades de mi hermana.

En puntillas corrí a la cocina como si estuviera arrancando de la policía. Una vez adentro y a salvo, saqué el plato con arroz y croquetas de pavo que dejó Malucha listo para mí en el refrigerador y lo metí al microondas, mientras llenaba un vaso con jugo y disponía cubiertos, servilleta y pan en una bandeja. Malucha es maravillosa, pensé, mientras hacía equilibrio con todas esas cosas.

Cuando la desagradable y repetitiva alarma del aparato eléctrico me anunció que mi plato ya estaba con la temperatura justa para ser devorado, entré a la cocina Esperanza, seguida de dos

tipos que definitivamente no eran del colegio. Con un "hola" desabrido, sacaron unos vasos del mueble que está sobre el microondas y hielo del congelador como si conocieran la casa de memoria; me miraron como si necesitaran confirmar algo, no sé qué, y salieron de la cocina. Esperanza vaciaba un megapaquete de papas fritas caseras sobre un gran bol de madera y no se dio cuenta de la mirada que me echaron sus amigos.

Muda y sin involucrarme, tomé mi bandeja y salí de la cocina hacia las escaleras, chancleteando con mis pantuflas igual que mi mamá. Sí, es en lo único que nos parecemos, en la manera de chancletear. Bueno, yo hubiera preferido otro tipo de similitud, físicamente hablando. Cualquiera cosa, su pelo, la estatura, sus ojos, sus dientes tan blancos y parejos como los de una *barbie*; su piel, suave y sin defectos. Algo, lo que fuera. ¡Las pestañas! Habría agradecido todo, sin quejas. Pero no. La naturaleza hizo lo que quiso y no me quedó más que aceptar su voluntad.

No llevaba más de dos o tres peldaños cuando uno de los afortunados de la noche le preguntó algo a Esperanza sobre mí. Entonces, me detuve para escuchar.

—¿Quién era esa de la cocina? —preguntó una de las voces masculinas.

—Consuelo, mi hermana mayor —contestó Esperanza, mientras seguramente se llenaba un vaso con Coca-Cola y un chorrito de ron, su trago favorito.

—¿Tu hermana?

—Sí, mi hermana. ¿Por?

—¿Hermanas de papá y mamá?

—Sí, de papá y mamá. ¿Qué onda?

—Es que son demasiado distintas —agregó otro. No era la misma voz.

—O sea, no tienen nada que ver —siguió el primero.

Rápidamente, Esperanza cambió de tema y sugirió que los galanes pusieran algo de música. Ella sabía que yo estaba abajo, y que era muy factible que estuviera escuchando.

Subí las escaleras, caminé por el pasillo del segundo piso con mi bandeja humeante, pero ahora con menos hambre que al bajar. Certé la puerta de la pieza con el pie para no escuchar nada más. Y no es que esas palabras me sorprendieran o fueran nuevas para mí. Al contrario. Simplemente venían a reafirmar no solo lo distintas que somos —siempre he tenido muy claro que es así y que esa diferencia no solo tiene que ver con colores, rasgos físicos y textura—, sino a recordarme que por más que con los años me acostumbrara a

ser quien soy y a verme como me veo, era indiscutible e irrisistiblemente fea. Y esa noche me dolió especialmente más que en otras ocasiones. No supe por qué.

Dejé la bandeja sobre la cama de Esperanza para abrir la mía, ponerme el pijama y acostarme de una vez. Pero algo, una especie de fuerza superior y cruel me hizo mirarme antes al espejo. Tal vez quería enfrentarme a mí misma. Observarme detenidamente y repasar una y otra vez lo más feo de mí. Reconocerme fea y ya no solo imaginarlo o suponerlo. Necesitaba encontrarme con mis ojos saltones de pestañas cortas y gachas, mis dientes enormes y pronunciados, mi pelo indomable e incorregible, el mentón demasiado sobresaliente y mi piel llena de imperfecciones. Y ahí me quedé; grabando en mi memoria cada detalle de mí misma por un largo rato. Al fin, me saqué las pantuflas, me puse el pijama y recogí el libro del suelo para retomar a Ampuero. La comida se enfrió en mi plato y ya no quise comer.

Antes de seguir con la lectura recordé a Florencia. Por primera vez me sentí identificada con ella en el dolor, y hasta pude entender por qué llegó a ese extremo.

## Florencia

Cuando bajé del auto esa mañana, mis pies tuvieron que hacer un gran esfuerzo por soportarme y mantener el equilibrio. Una semana internada me había pasado la cuenta. Estaba débil.

Tras cruzar el umbral de la puerta principal de la casa, me encontré con Delgadina y Marta, que me esperaban con su mejor sonrisa; también estaban mis abuelos Agostino y Letizia, que se veían visiblemente emocionados, y con Consuelo mordiéndose las uñas. Verlos me apenó aún más. Todos me abrazaron y me dieron la bienvenida. Rápidamente sentí olor a albahaca y me imaginé que Delgadina estaría preparando *pesto*. La imagen del mortero de mármol y la albahaca molida, los pistachos y las cabezas de ajo esparcidas sobre el mesón me abrió el apetito. Al fin estaba en casa

y comería decentemente. Mis días de clínica y de menú para enfermos habían terminado.

De la mano de mi mamá y en silencio subí lentamente los peldaños hasta llegar a mi dormitorio, que estaba muy ordenado y con la cama abierta, lista para recibirme. Las cortinas descubiertas dejaban pasar la luz del sol, que destacaba los colores de un precioso ramo de fresas en tonos amarillo y fucsia, dispuesto sobre mi escritorio, en el jarrón de cristal de la abuela que tanto me gusta. Sobre mi velador, además de la lámpara con lágrimas y la foto de mis papás, había un paquete de regalo de varios colores, que seguro era para mí.

Cuando al fin todos salieron y me quedé sola en la pieza, me puse un camisón nuevo que estaba sobre la sillita ubicada al lado de la ventana, y me metí en la cama. Seguro me lo compró la abuela. Ella siempre está llena de detalles, especialmente conmigo. Estiré las piernas intentando llegar lo más al fondo posible para alcanzar lo frío de las sábanas. Traté de relajarme con la mente en blanco, pero rápidamente comencé a sentir los latidos en las heridas aún vendadas. Todos esos días en la clínica los había sentido. Eran como un ayuda-memoria, un *post-it* o como un "torpedo" que me recordaba permanentemente lo que había hecho. Entonces, volvió la angustia,

ese horrible sentimiento tan difícil de manejar, mezcla de desolación, desorientación y miedo, que hacía mucho tiempo se había apoderado de mí. Creo que recién en ese minuto, acostada en mi cama, entendí que algo había cambiado en mí para siempre. Que algo terrible había pasado conmigo.

¿Cómo enfrentaría la vida de ahora en adelante? No tenía la más remota idea. Solo sabía que no quería volver a salir de mi cama, de mi dormitorio ni de mi casa nunca más en la vida. Y el "combo" incluía el colegio, que no pensaba pisar en los próximos veinte años.

## Consuelo

—¿Aló? —dije después de correr al teléfono advertida por Malucha. Estaba impresionado. Nunca es para mí.

—¿Consuelo? —me dijo una voz que no reconocí.

—Sí. Con ella. ¿Quién es?

—Mariana López —respondió con amabilidad. Seguro quería pedirme un cuaderno para copiar materia atrasada, pensé.

—Hola —dije.

—Hola. Te llamo porque, bueno, no sé cómo decirte que... Mira... mejor métete al *blog* de Juanita Aguirre. Ella y sus amigas escribieron algo sobre ti y Florencia.

—Ah... —dije, sin saber qué más agregar. Acto seguido, sentí un escalofrío recorrerme

entera y el mismo temor que me provoca el trío del curso cuando me insulta gratuitamente.

—Lo siento. *Solo te pido* que no me nombres. Nunca te llamá, ¿ok?

—Ok

—Chao —dijo y cortó.

Subí rápidamente las escaleras de dos en dos y entré a nuestra pieza, donde tenemos un computador que compartimos con Esperanza, en un mini escritorio que se ubica al lado del mueble donde está el televisor, frente a las camas paralelas. Rara vez lo ocupó. Lo miré, me senté en la cama y dudé. No sabía si estaba preparada para lo que venía y no quería pasar otro mal rato. Al fin, respiré hondo, estiré el brazo, lo encendí y esperé que se cargara para entrar a internet. Busqué el *blog* en Google y me quedé inmóvil hasta que se abrió. En silencio comencé a leer lo que Juanita y sus amigas comentaban sobre mí y Florencia. Las palabras "guatona", "cerda", "asquerosa", "fea" y "perdedora" se repetían una y otra vez. Pero no fue sino hasta que aparecieron garabatos y frases en tonos abiertamente sexuales que entré en una especie de *shock* y comencé a llorar. No podía creer lo que estaba allí escrito.

Esperanza, que estaba en el baño alisándose el pelo, salió rápidamente al escuchar mi llanto.

—¡Qué pasó! —dijo asustada aleteando con el cepillo en la mano. Y es que seguramente era la primera vez que me veía llorar. Jamás lo hago.

—Nada, nada —le contesté entre sollozos y tiritones que no lograba controlar.

—Pero cómo que nada. Dime, qué te pasó.

¡Dime!

—No puedo más —le dije y me tiré en la cama donde seguí llorando sin parar. Entonces, salió corriendo a llamar por teléfono a mi papá para que se viniera de la consulta cuanto antes con mi mamá.

Esa noche, mis papás y Esperanza me acompañaron largo rato en nuestro dormitorio. Después de leer el *blog*, mi papá decidió que lo mejor que podía hacer era ir al colegio y conversar con la directora. No permitiría que una situación de tanta crueldad e injusticia quedara impune, y menos si afectaba a su hija. Mi mamá se quedó muda largo rato, de pie junto a mi hermana, hasta que de pronto me preguntó si quería cambiar la decoración de mi pieza para alegrarme un poco. Entonces y en silencio, mi papá la abrazó, la besó en la frente y le hizo cariño en su pelo. Después se sentó a mi lado, sobre la cama, donde estaba acostada. Me miró a los ojos con una expresión de infinita lástima, luego me estrechó

contra su pecho fuertemente y comenzó a llorar visiblemente afectado. Entre lágrimas y sollozos le conté lo que había sufrido desde siempre, le hablé de lo que pasó con Florencia, y le supliqué que me dejara quedarme en la casa, quedaban solo tres semanas para cerrar el año y tenía muy buenas notas.

—Lo que te pasa es tremendo, preciosa, y no voy a permitir que sufras más. ¿Por qué no nos contaste nada antes? Bueno, no es momento de dar explicaciones. Tranquila. Lo vamos a resolver. Te lo prometo —me dijo mientras aún estábamos abrazados.

—Preciosa, te vamos a dejar el dormitorio increíble, prácticamente nuevo, y vamos a ir juntas a comprar las telas y la pintura —agregó mi mamá sin saber qué decir.

—Bueno, ahora quiero que te tranquilices y seques esas lágrimas. Vamos, suénate —me dijo él, mientras me pasaba los pañuelos desechables que tenemos en el velador—. Voy a llamar a los padres de Florencia ahora mismo. Esto tenemos que arreglarlo juntos. No los conozco, y es un error siendo Florencia tu mejor amiga, pero nunca es tarde. Esto tiene que cambiar. Somos tus papás y vamos a apoyarte y a estar contigo como siempre. Y si fallamos al no darnos

cuenta... bueno, si nos equivocamos y... te pido perdón —dijo y comenzó a llorar otra vez. Me sentí tan triste por ellos. No quería preocupar a nadie, pero evidentemente no podía más con esta pena yo sola.

—Y yo te juro que voy a hacer lo mío en el colegio. Que se preparen esas brujas. Tengo más amigos que ropa en mi clóset —agregó Esperanza, pero rápidamente mi papá se opuso y le hizo jurar que no haría nada, que ya bastante teníamos con lo que había pasado. Ella aceptó, pero a regañadientes. Pude verla saborear esa inminente venganza y luego esa luz apagarse rápidamente. Ambos volvimos a sonarnos, y mi mamá fue por no sé qué pastilla y un vaso con agua para que descansara y durmiera bien. Cuando salieron de mi pieza me sentí feliz, a pesar de todo. Tenía una gran familia que me quería de verdad, y eso era suficiente para mí.

De una cosa sí estaba segura: trabajaría duro para jamás volver a mirarme con esos ojos despiadados.